

unos pocos ni en la de muchos. Su fundamento se encontraba en la religión católica y en el orden natural. En la voluntad de Dios.

La lectura de *los caminos del desengaño* resulta obligada para todo amante de la verdad y para todo el que desee conocer mejor la reciente historia de España, ame o no a aquélla. Y al igual que el primer volumen, nos hace desear leer su continuación.

ESTANISLAO CANTERO.

Jean Dumont: POURQUOI NOUS NE CELEBRERONS PAS 1789 (*)

Dos efemérides de extraordinario significado en la historia espiritual y política de España van a coincidir en el ya cercano año de 1989: la conmemoración del III Concilio de Toledo, celebrado el año 689, cuando el rey Recaredo se convirtió al catolicismo y con él todo el pueblo visigodo, iniciando una andadura multisecular —la de la unidad católica de España y la confesionalidad de sus instituciones públicas—, que sólo recientemente, con la vigente Constitución de 1978, parece haberse quebrado, quiera Dios que no definitivamente, y la del estallido de la Revolución francesa (1789), acontecimiento de alcance planetario, punto de arranque de la evolución sociopolítica de gran parte de las sociedades contemporáneas, en Europa y fuera de ella.

Presumiblemente, el eco que una y otra conmemoración tendrá en los medios de comunicación será muy desigual: amplio y sonoro en el segundo caso, escaso cuando no nulo en el primero. Constatación de una evidencia que no puede suscitar otra cosa que aprensión y sonrojo en cuantos españoles, católicos y fieles a la tradición de su patria, son conscientes de que uno y otro acontecimiento se hallan en el origen de dos etapas bien contrastadas en la historia de España: el III Concilio de Toledo en el de un largo período de expansión y madurez de la civilización hispánica que culmina en los primeros siglos de la modernidad, y el impacto en España de la Revolución francesa, con las Cortes de Cádiz y la implantación del régimen liberal tras la desaparición de Fernando VII, en la etapa de declinar agobiante en todos los órdenes que se prolonga hasta la actualidad.

Jean Dumont acaba de publicar un nuevo libro, breve pero ela-

(*) Editorial A. R. G. E.; Bagneux, 1987.

borado con esmero preciosista, enriquecido con un aparato gráfico muy seleccionado y de primera calidad, que lleva el sugestivo título de *Pourquoi nous ne célébrerons pas 1789*. De la lectura de sus páginas, donde se recoge en apretada síntesis todo un arsenal de datos eruditos, puede extraerse una visión armoniosa y precisa de lo que realmente fue y ha significado para Francia, y el mundo contemporáneo en general, el proceso revolucionario que dio al traste con el Antiguo Régimen. Datos de evidente valor y significación, aunque muchos especialistas en la Revolución francesa prefieran ignorarlos, por comodidad o sumisión a uno de los mitos más acreditados que sirven de soporte a la imagen contemporánea del devenir histórico.

Su autor es bien conocido de los lectores de *Verbo*, en cuyos números recientes figuran varios artículos suyos. Fruto de su fecunda pluma han sido dos libros de contenido en cierto modo complementario, *L'Eglise au risque de l'histoire* y *La Révolution française ou les prodiges du sacrilège*, publicados, respectivamente, en 1981 y 1984, cuya reseña puede encontrarse en los números 215-216 y 241-242 de esta revista. En uno y otro se recogen, ricos en detalles y precisiones, estudios sobre diversos temas clave de historia moderna y contemporánea, además de otros sobre épocas anteriores, algunos de los cuales reaparecen, en versión abreviada, en el libro que comentamos. Un elenco de publicaciones que hacen de su autor, como hemos señalado en otras ocasiones, una de las figuras más sugestivas y penetrantes de la reciente historiografía, a pesar de la "conspiración de silencio" que, en España al menos, viene rodeando a su obra.

Consta el libro de cuatro capítulos, precedidos de una breve introducción. En el primero se consideran algunos de los eslongans revolucionarios más tenaces y más escandalosos: entre otros el de la "toma de la Bastilla por el pueblo de París", que sólo consistió en una estéril algarada, obra de un puñado de mercenarios, que los prohombres de la Revolución elevaron a la categoría de acontecimiento épico; el de la "pretendida modernización decisiva aportada por la Revolución", cuando la realidad fue que sumió en el estancamiento a la sociedad francesa y retrasó durante varias décadas la implantación en Francia de las innovaciones técnicas que se imponían en Inglaterra; los mitos del "pueblo en el poder" y del pretendido "bienestar del pueblo", que se desvanecen al comprobar que el gobierno de la República fue el monopolio de una minoría desaprensiva y fanática, y al constatar, con los documentos en la mano, las penalidades y sevicias sin límite a que fueron sometidas, bajo su hégida, las clases más menesterosas, víctimas de las conscripciones, de persecuciones ciegas, del alza de precios y del hambre.

Termina el primer capítulo con la denuncia de la peor de esas

mentiras, que ha consistido, y consiste todavía, en ocultar la verdadera naturaleza del proyecto revolucionario, que no es otro que el anticristianismo. En realidad, y en contra de lo que suele admitirse, la Revolución no fue un movimiento específicamente antinobiliario y antimonárquico. Tanto la aristocracia como el rey tuvieron un puesto, y un puesto relativamente cómodo, en las instituciones del nuevo régimen, a condición, claro está, de que aceptasen ciertas reglas. Para la Iglesia y sus ministros no hubo, en cambio, misericordia ni cuartel: la legislación anticlesiástica empezó enseguida y se prolongó sin pausa ni concesiones, con radicalismo día a día creciente, a lo largo de toda la conmoción revolucionaria. La Iglesia fue despojada de la totalidad de sus propiedades y rentas y los eclesiásticos fueron perseguidos y sus bienes privados confiscados por el mero hecho de no prestar juramento a la Constitución civil del clero, que hacía de ellos funcionarios al servicio del Estado anticristiano; los que no lo hicieron —una gran parte del clero de Francia— fueron sometidos a las peores humillaciones y a un trato cruel: los que no emigraron (muchos lo hicieron a los reinos vecinos) terminarían en la cárcel, de donde salieron para la guillotina o cualquiera otra de las fórmulas de ejecución colectiva que entonces proliferaron.

En realidad —recuerda Dumont—, si Luis XVI fue procesado y decapitado no fue por ser rey de Francia —condición ésta admitida y respetada inicialmente—, sino por negarse en un determinado momento a avalar con su consentimiento la obra anticristiana del nuevo régimen. Sumiso y acomodaticio al principio —promulgó la Constitución civil del Clero—, reaccionó con lucidez y valor cuando comprendió que la meta de aquel proceso era la aniquilación de la Iglesia de Francia: opuso su veto en diciembre de 1791 a la ley que prohibía ejercer su ministerio a los curas refractarios, y a la ley de mayo de 1792, que condenaba al exilio a todo sacerdote refractario que fuese denunciado por algún ciudadano. Medidas drásticas destinadas a terminar de una vez por todas con la Iglesia verdadera, fiel a la tradición y a Roma. Luis XVI se opuso a ello y sólo entonces, no antes, estuvo perdido.

En el segundo capítulo denuncia Dumont las “incapacidades revolucionarias”, fuente de hábitos colectivos e instituciones públicas de larga duración, con efectos inhibidores y petrificantes que han contribuido decisivamente al estancamiento de Francia, a la merma de su riqueza y vitalidad interior, y a la pérdida de su puesto tradicional en la jerarquía de las naciones. Entre otras, la incapacidad para el consenso nacional, con la creación de un aparato estatal que desconfía por principio de los católicos, y obliga a quienes desean participar en él al silencio y al disimulo. Selección que avala la com-

posición de gran parte de los gobiernos desde hace más de cien años: "así la laicidad, selectiva e hipócrita, conduce a una separación excesiva, a una discriminación paradójica de la mayoría de la nación. Caso absolutamente único en Europa". Selección que ha hecho imposible un verdadero consenso nacional al excluir en el ser nacional "el fermento suplementario de unidad, de estabilidad, que constituye la dimensión religiosa, recuerdo permanente de la existencia, más allá de las disensiones humanas, de un destino común allende el tiempo", al entregar una sociedad sin fe colectiva al imperio de las ideologías y los mitos, y con todo ello, ha propiciado el "deseccamiento grave de la civilización francesa, expresión de un consenso nacional imposible".

Denuncia Dumont la inviabilidad en Francia de la libertad de enseñanza, puesto que "la separación polémica con la Iglesia ha producido otra singularidad francesa y otro 'efecto perverso' de la Revolución: la enseñanza de Estado, acatólica cuando no anticatólica, tendente al monopolio". Raíz ésta —observa Dumont— del tremendo estancamiento de las instituciones educativas en Francia: "un enorme cuerpo sumergido en las irresponsabilidades y lentitudes administrativas, los prejuicios ideológicos, la incapacidad de mantener el orden elemental en las escuelas, el rechazo de toda educación y aun de la simple protección moral del niño, el alejamiento mental y material de la vida de las restantes profesiones, el sindicalismo a la vez politizado y corporativista". Un diagnóstico que resulta estremecedor para quienes, en España, asisten estos años a su exacta implantación, en versión de "país en desarrollo".

Y otros temas en el mismo capítulo: la "incapacidad para las autonomías" con el desmantelamiento de las regiones tradicionales y la implantación del sistema departamental, rigurosamente artificial y centralizado; hoy, cuando por doquier se empieza a tomar en serio el tema de la descentralización, "diríase que no hay nada tan viejo y caduco como las instituciones de la Revolución, ni nada tan moderno como el Antiguo Régimen!". La incapacidad, por fin, para el "consenso social", al haber eliminado cuantas instituciones servían para integrar a los trabajadores en el cuerpo social, para defender sus intereses, para acercarlos a sus patrones y señores, lanzándoles con ello en los brazos del sindicalismo del odio, vocinglero y belicoso.

El tercer capítulo, bajo el título de "por qué nos negamos a conmemorar las ignominias revolucionarias", recoge un retablo completo y muy ilustrativo de las atrocidades cometidas por los hombres de la Revolución contra todos los estamentos de la sociedad francesa. La creación de un aparato represivo y el empleo de técnicas de actuación que son el precedente directo de las que utilizaron los nazis y

siguen empleando los soviéticos. El terror policial sistemático, las deportaciones masivas y los campos de exterminio, las matanzas colectivas (incluso de carácter eugenésico, en septiembre de 1792, modelo de la operación T4 nazi), el genocidio de todo un pueblo —el vandeano— por osar alzarse en defensa de su fe, las tácticas de saqueo sistemático en los territorios europeos invadidos por los ejércitos “liberadores” de la República...

El último capítulo se dedica a considerar los efectos más amplios y profundos de la sacudida revolucionaria y de la perduración en el tiempo de su espíritu: la muerte de la identidad francesa, la muerte del cristianismo y de la civilización occidental, víctimas de un individualismo egoísta y esterilizador tendente, por vía de extinción demográfica y depauperación económica, a eliminar a Europa de la cúspide de los pueblos desarrollados.

Muy interesante es el análisis que Dumont hace de los efectos devastadores que, en determinadas regiones de Francia, tuvo la existencia en ellas de un sector numeroso del clero constitucional, cuyo talante era revolucionario, progresista, desacralizador. El mapa actual de las regiones donde predomina la incredulidad en Francia coincide con el de aquéllas donde los constitucionales eran más abundantes. “Tema éste —observa Dumont— de vibrante actualidad y digno de meditación. Recientemente, en efecto, en el post-Concilio Vaticano II, entre los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, la abdicación del sacerdocio o de la vida consagrada ha sido casi tan masiva y sorprendente como en el año II. Y es necesario constatar que esta nueva abdicación ha manifestado una misma permeabilidad a las ideas reinantes, y pronunciado la misma denuncia de los valores y del ‘fanatismo’ del pasado. Peor aún: hay que dejar constancia, esta vez, de una caída considerable de la práctica religiosa en el pueblo que ha sucedido a esa abdicación clerical y esa denuncia del pasado”.

Un libro, pues, importante, que se publica en el momento oportuno para preparar a los católicos a una celebración en la que tienen mucho que decir, aunque su voz disuene en el concierto de las apoloías oficiales.

ANDRÉS GAMBRA.

Javier Nagore Yarnoz: DEFENSA DE LA NAVARRIDAD (*)

De nuevo sube a la palestra este esforzado defensor de la Tradición, en un momento de confusión y cambio, para dar testimonio de la identidad e integridad de la muy española Navarra.

(*) Ediciones Dyrsa; Madrid, 1987; 286 págs.